

Llanto general por Guatemala

Fermín María

Editora Regional, Murcia 1986

Monteagudo

Un sentido épico renovado, un sentir —hondamente franciscano— de la naturaleza, un acendrado amor a lo indígena —cultura autóctona incluida—, un torrencial sentido del verso —cómo no, nerudiano—, todo eso, y la pluma, el estro, de un poeta verdadero, que no duda de su arte, ni de su capacidad, conforman algo del todo de este «Llanto general por Guatemala», de Fermín María.

Popol Vuh y Díaz del Castillo, Neruda y Francisco de Asís, son aunados por Fermín María en un solo, prodigioso, poeta a través de las páginas de este libro importante, importante libro que, bajo el épico marco de lo epopéyico, esconde acendrados lirismos, dignos de la mejor de las antologías, como el planto de Beatriz de la Cueva por Alvarado:

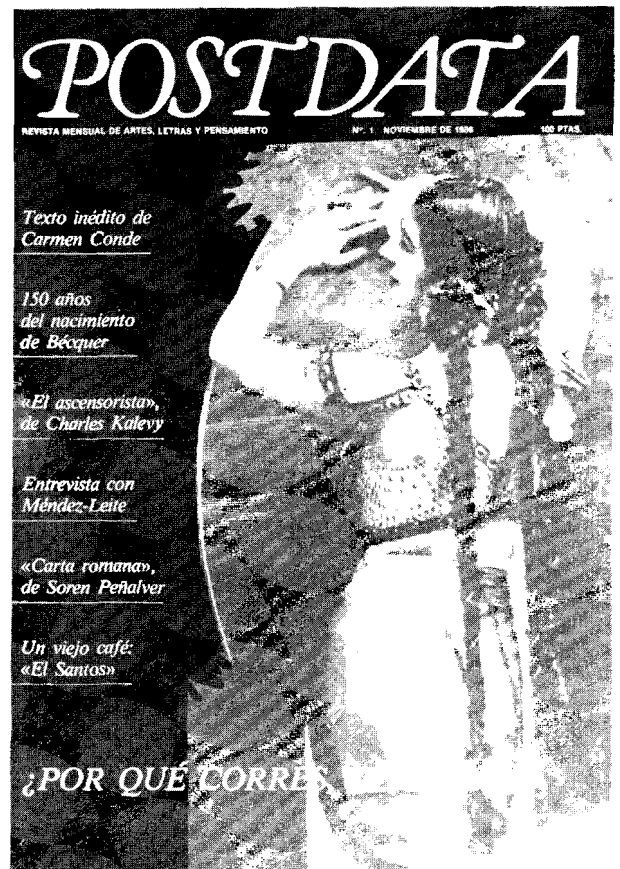
Que te amé demasiado dicen, Pedro.
Tal afirman los clérigos que estudian
el amor cual si fuera asignatura,
y dibujan planos del corazón
para no extraviarse en sus abismos.

Héroes, batallas, costumbres, paisajes, fauna, flora, caracteres... de la Guatemala de la conquista española son servidos por un verso ágil, que si accede a ser ayudado por el tópico expresivo, es debido a exigencias de género, acertadamente asumidas por el afortunado poeta. El asombro, el entusiasmo del bardo ante la ocasión cantada —hecho casi desconocido por la autosuficiente poesía de hoy— desborda al poeta y contagia al lector. Un fuerte sentido de emoción ante lo grande, que refresca y gratifica al lector de poesía íntima y/o abstrusa, puede ser lo mejor de este libro cuya complejidad —epicidad, intimismo, naturaleza, costumbrismo, leyendas, retratos psicológicos...— bien merece el apelativo de sinfonía poética.

¡Viva postdata!

Monteagudo

Románticamente, románticamente, tanto en fecha y contenido como en grafismo y, sobre todo, en financiación, aparece, ¿o reaparece?, en Murcia, POSTDATA, revista de artes, letras y pensamiento. Y decimos reaparece porque con ella quien renace no es otra cosa que la creación cultural misma en sí; o mejor dicho, su explicitación



impresa. En esta ciudad de creadores «cansadamente» silenciosos, en donde se abarrotan los cajones y desbordan los magines sin que ningún

cauce les dé salida, hora era ya —gloriosamente muertos «Rotativo» y «Pregonero»— de que sobreviniera algo como «POSTDATA».

Algunos de los mismos escritores de siempre, a los que seguirán —indudablemente y acertadamente— en siguientes números, el resto de esos mismos escritores de siempre, irán cubriendo, a buen seguro, con la dignidad y pureza debidas las páginas de este milagro de la letra impresa que se nos anuncia gozoso.

Soren Peñalver comenta a Roma, impelido a ello por *Carmelo Vera*, poeta recién editado en antología «penúltima». *Penna, Pasolini y Elsa Morante* le acompañan por su calles, entre la lucidez y el fatal designio. Ningún mejor signo de mediterraneidad que el que une a los cuatro, Soren incluido, en esa obertura romana, anticipada con el impar acierto de un «Conatus», latín clásico para el primero de los titulares impresos, el anuncio de intenciones.

Carmen Conde, en permanente rescate de un nada extraño, por provinciano, ostracismo en tierra propia, ofrece, de la mano de su «rescatador», *Antonio Morales*, un monólogo bélico de mujer, discurso que tiene el impar acierto, al estar escrito en plena contienda, de señalar mejor objetivo de la diatriba literaria, la guerra en sí misma, que a uno u otro bando; descontándose por propia biografía, la inclinación partidista de la autora.

Antonio Parra desvela algo —cronista de cordial viaje— de lo que el corazón puede desvelar. *Juan de la Cruz, Arabí y Paguda* son los tres vértices del divinal triángulo de su esotérico viaje al fondo del corazón, allá donde habitan los más humanos deberes.

Ramón Jiménez comprueba en la ultimísima hornada de narradores de la tierra, los algo más

que síntomas que ya él mismo observara en las ediciones, simplemente últimas pero aún calientes, de otros narradores murcianos: cultura y universalidad.

Y la revista se hace cuadernillo, almendra monográfica, en su ardoroso núcleo central, con la presencia, novembrina y obligada, de nada menos que de *Don Juan*. Destaquemos la «frontera infernal», de *Antonio Morales*, balance crítico que del personaje han ido haciendo las épocas. Anotar también el contrapunto, más lúdico que feminista (esto es, no sectario) de *Soli Noval*, en su habitual y nunca frustrado estilo, sobre la realidad hodierna del Tenorio. La presencia de *Djibilou Abdellah* honra a la revista como pocas otras lo hacen. Africa en la cultura española viva es algo, increíble y vergonzosamente, escaso y novedoso. Valiosísima, jugosa y chispeante, la galería femenina documentada por *Diego Muñoz*.

Jorge Novella, doctorando sobre el tema, deja una semblanza sobre *Enrique Tierno*, intercalando la propia voz del maestro. Más que novedad acerca de tal figura, novedad quizá improbable. *Novella* nos recalca, documentalmente, las señas de identidad del Viejo Profesor.

Y *Soren Peñalver* traduce a *Carlo Levi*, y *Fernando Méndez Leite* habla, cómo no, de cine, y *Diego Muñoz*, quizá para equilibrar románticamente a *Don Juan*, escribe sobre *Bécquer* con autoridad y acierto, aportando imágenes y datos a leguas del tópico.

Entrañable acierto, como lo demuestra el que sepa a poco, el logrado en la noticia de la tertulia del «Santos», templo de la llama virginal de la literatura murciana de los 60.

Del cuento de *Charles Kalevy*, nada decimos, sino que se lea.